

UNIÓN LATINOAMERICANA DE CIEGOS

El braille y los jóvenes

12 TESTIMONIOS DE JÓVENES CIEGOS DE AMÉRICA LATINA Y ESPAÑA

FONDO TIFLOLÓGICO LATINOAMERICANO 3 FTL

IMPRESO EN LA FUNDACIÓN BRAILLE DEL URUGUAY

UNIÓN LATINOAMERICANA DE CIEGOS

EL BRAILLE Y LOS JÓVENES

12 TESTIMONIOS DE JÓVENES CIEGOS DE AMÉRICA LATINA Y ESPAÑA

El braille y los jóvenes

Son muchos los jóvenes ciegos que en América Latina y en España desean comunicar anécdotas o circunstancias que han vivido con familiares y amigos a propósito del sistema braille.

Más de una vez hemos recibido interesantes relatos acerca de lo que les ha sucedido en los estudios o en el trabajo, al usar el sistema braille.

Estas y otras expresiones de los jóvenes de habla hispana llevaron a que en 1984 la revista “Entretodos” invitara a los jóvenes ciegos a escribir un testimonio sobre lo que ha significado y significa el sistema braille en sus vidas.

La invitación fue formulada en el año del 175 aniversario del nacimiento de Luis Braille y su propósito era celebrar dicho aniversario con un libro escrito colectivamente gracias a la participación de los lectores de “Entretodos”.

De esta manera comenzó a gestarse un libro testimonial de singular interés. En este libro son los propios jóvenes quienes, libre y espontáneamente, discuten, opinan, aprueban, proyectan y comparten experiencias.

De los numerosos trabajos recibidos se seleccionaron doce que integran este libro. A lo largo de estos doce testimonios surgen anécdotas, vivencias, conflictualidades.

Quizás, el hecho en sí de que aborden el tema de la significación del braille en sus vidas, los está llevando a otras zonas más entrañables de la vida: la condición de jóvenes ciegos y la problemática afectiva, intelectual, social, cultural, que ello implica. En unos, esta problemática adquiere la forma de una sorpresa frente al sistema braille que descubren y asumen; en otros, la conciencia de las limitaciones del sistema; en la mayoría de ellos, la búsqueda constante de nuevas posibilidades para la persona ciega.

Es un libro necesariamente desigual, a veces contradictorio. Su valor es, precisamente, ese: recoger opiniones, vivencias, reflexiones.

Se trata, por lo tanto, de una celebración activa, dinámica, del 175 aniversario del nacimiento de Luis Braille. En estas páginas, más que el elogio convencional, surge el testimonio profundo de los jóvenes de hoy.

Este libro se compone de doce trabajos pertenecientes a jóvenes de ocho países.

Sin duda otros jóvenes pueden sentirse motivados al leer estas páginas. Desde ya ampliamos la invitación formulada en 1984 para que quienes hoy quieran compartir su testimonio sobre el sistema braille lo hagan, ya que nuestro propósito es seguir celebrando a Luis Braille mediante testimonios de los jóvenes.

Y en esta celebración participan América Latina y España; la Fundación Braille del Uruguay y la Organización Nacional de Ciegos Españoles conjuntamente hacen posible esta edición en sistema braille y en tinta para el Fondo Tiflológico Latinoamericano de Ciegos (ULAC).

E. E.

Así llegó a mis manos

Esperanza Haydée Villafuerte, de España.

Nació el 26/4/1965; ceguera total, usa el braille “desde siempre”. En el momento de realizar este trabajo, había cursado secundaria completa.

No puedo hablar con seguridad acerca del braille en el mundo y su evolución en él, de lo trascendental que resulta todo esto. No pretendo generalizar mi caso, el efecto que produce en mí; sólo hablaré del braille y su trascendencia en mi vida, su evolución en ella, y la relación que tiene con ella y con este trocito del mundo donde vivo...

Era yo muy pequeña cuando descubrí que la gente usaba un método al que llamaban escritura. Lógicamente que mi entendimiento infantil no sabía que este método estaba regido por un proceso de aprendizaje, y que cualquier garabato no significaba nada. Lo cómico del asunto era que cuando mis parientes viajaban al interior, nunca faltaba de mi parte, un papel con enormes garabatos: cosas expresadas que sólo yo entendía.

Cuando mi madre empezó a advertir que yo estaba creciendo y que la gran mayoría de los niños de mi edad prosperaban en la comunicación escrita, pues imitaban letras, aprendían a coger el lápiz, copiaban el modo de escribir, etc. — mi hermana paterna, contemporánea mía, era el ejemplo más cercano—, se angustió mucho.

Su segunda actitud, pues la primera fue la angustia, fue fomentar mi entusiasmo: recortaba en cartón las letras, de modo que yo tuviera tipos móviles, y de esta manera silabeé algo; pero mi progreso en cuanto a imitar las letras a pulso era casi imperceptible. Las recortó más pequeñas, pero de nada sirvió. Al regresar una tarde de la playa, uno de mis tíos, que iba con nosotros, divisó el Colegio para niños sordo-ciegos “La Inmaculada”.

Después de trabajar con mecanos, telas ásperas y lisas, papeles de todo grosor, llegó a mis manos. Descubrí, meses después, a la Caperucita Roja, al pobre Pinocho y a su abuelo, al malvado lobo y a los pobres e indefensos chanchitos, así como todo lo que conozco “a través de mis manos”. Agua, fuego, cera, hierba, piedras, electricidad, arena, esferas, planos y cubos; los rostros de mis seres queridos, y todo lo que conforma este trocito de mundo donde vivo.

El sistema braille es para mí, un nuevo submundo que, con el correr de los años —que no necesitan ser demasiados—, pasa a ser parte de éste, ya conocido.

Con un poco de suerte se produce en las familias, esa especie de “transculturización” tan vivificante. Digo “transculturización” porque es un intercambio de maneras de descubrir.

Sucedió entre mi madre y yo. Debido a su gran deseo de comprenderme, aprendió a leer conmigo, lo cual favoreció más tarde, mi aprendizaje. Ella no permitió que usara el braille a mi modo. Yo solía cometer errores tales como invertir las letras o tachar en medio de palabras, de manera que una palabra con siete letras pasaba a tener diez. Se evitó, a lo largo, el caos de la negligencia.

El braille, en la casa, representó un motivo de acercamiento, por lo cual lo aprendieron más tarde, voluntariamente, mis hermanas. “Para evitar que hiciera trampas en los juegos” fue el primer motivo, y para escribir notitas y tener el privilegio de usar la curiosísima pauta y el punzón, el segundo.

Así, yo también aprendí a escribir en tinta.

Nota de la Correctora: El siguiente párrafo está copiado textualmente como aparece en el libro original:

cundaria, debido al ruido que producía el uso del braille y a la incomodidad en un colegio para niñas videntes, fue el hecho de que mi trabajo en braille era valorado injustamente; empezaré con un primer caso. Fin del párrafo y de la nota.

Durante una clase de psicología, en el cuarto año de Educación Secundaria, debido al ruido que producía el uso del braille y a la incomodidad que esto representaba para la maestra —una religiosa mayor, que dictaba su clase para copiar, deteniéndose para explicar después de tres o cuatro párrafos—, se me prohibió utilizar este sistema, por lo cual me retrasé en el curso, teniendo luego que aclarar todo personalmente, señalando el inconveniente que esta prohibición representaba para mi rendimiento. Lo peor del asunto no era el retraso, sino la prohibición hecha por una maestra pues, en honor a la verdad, el ruido siempre había molestado y yo, de mi parte, procuraba no hacerlo. Pero la prohibición era una intransigencia que omitía el hecho de que yo también era alumna, y por lo tanto, tenía derecho a seguir la clase igual que las demás.

También recuerdo que para algunas de mis maestras, que no se preocupaban ni un poquito en conocer el sistema, un trabajo en braille era dudosamente calificable, por lo cual exigían no sólo el trabajo en tinta y a máquina, sino también en braille.

Pero hubo también, algunas maestras y compañeras que aprendieron el braille e incluso lo utilizaron, como es el caso de mi maestra de matemáticas, que elaboraba las preguntas de los exámenes en braille, pues sucedía que las pruebas se rendían en hojas impresas, y de este modo, ella me brindaba más oportunidades para lograr un mejor rendimiento, pues equivalía a más tiempo y menos trabajo.

El uso del sistema braille desató polémicas en varias ocasiones. Un caso específico era el de mi maestra de historia, pues ella, al valorar mi trabajo en braille, no sólo lo señalaba “incompleto” sino que lo calificaba con dos puntos menos. Si mi trabajo estaba únicamente a máquina, también estaba “incompleto” y se calificaba con dos puntos de menos. En muchas ocasiones, ella indicó directamente, que mi trabajo en braille podía ser un fraude; argüía que ella no podía comprobar la autenticidad de mi trabajo, si yo no lo leía. Esto estimuló que yo me quedara después de clase para leerlo.

Ese mismo comentario había salido también de la boca de mis compañeras, lo cual era dable porque el estudio es también una continua competencia y cualquier cosa irregular suscita preocupación. Lo que no era dable era la actitud agresiva de la maestra que, por carecer de interés, desdeñaba un método, desplazando con él a una discípula.

Otros problemas son la lentitud y la gran cantidad de espacio que ocupa el braille.

Recuerdo que en Primaria, obtuve en una biblioteca un texto en braille, para aprovechar el tiempo de lectura que nos daban. La voluminosidad del libro molestaba a mi compañera de asiento y causaba gran asombro entre las demás compañeras de clase.

Al señalar cómo está implicada la competencia en el proceso de aprendizaje, me gustaría agregar que la voluminosidad de los libros braille, las dificultades para

imprimir textos, la escasez de los mismos, generan un punto en contra. Recuerdo mucho ¡cuán difícil era adaptar el braille! para los cursos de matemáticas (trigonometría, geometría), de ciencias naturales (física, química), y todos los trabajos de investigación... El leer sólo en braille representa un problema, pues el trabajo lo hacen prácticamente nuestros padres y amigos. En cuanto a las personas videntes frente al braille, cuando este sistema se presenta a manera de opción, se pueden descubrir y evaluar habilidades e intereses.

Una maestra, religiosa mayor, también tutora del aula y que tenía a su cargo varios cursos, quiso aprender braille. Tenía mucho interés e, incluso, fabricó un bolígrafo-punzón para su comodidad que, supuso, también era la mía, sin tener en cuenta que la forma asignada al punzón tiene una razón de ser. No pudo hacerlo; no pudo aprender el sistema, pues el tamaño de cada letra, ideal para Luis Braille y para las personas ciegas, no era el ideal para ella quien, debido a su edad, poseía una visión débil, miopía un poco severa, que le impedía leer braille con los ojos, tal como lo hace la totalidad de los lectores videntes que conozco.

Las personas con dedos gruesos o tacto débil, también presentan dificultades para la lectura del braille.

La constancia constituye, asimismo, otro importante valor: recuerdo aún, el día en que mi maestra de matemáticas tomaba su primera clase de braille, y qué complicado le parecía... Pero al final fue la mejor alumna y se valió de esa ambivalencia para hacer su obra lo más completa posible.

El problema de la falta de constancia, es propio de muchos ciegos, quienes hacen apuntes que sólo ellos pueden leer...

Un mundo para recorrer con las manos. Así llegó a mis manos, y así se los envió.

Aprendizaje del braille

Omar Anselmo Vivas, de Argentina. Nació el 23/3/1966; ceguera total; usa el braille desde los siete años. En el momento de realizar este trabajo, cursaba 4º año de enseñanza secundaria.

Mi problema visual es hereditario. He tenido una visión que “me alcanzaba para defenderme” la cual perdí a los 4 años, quedándome lo que se llama una visión luz. A todo esto, la ciencia me ofrece una oportunidad que no voy a dejar pasar. Pero bueno, no quiero irme por las ramas, porque este no es el tema que hoy tratamos. . .

En el año 1972 comencé mi educación, cursando un grado preparatorio, y luego la primaria hasta séptimo grado, en la escuela para ciegos Manuel Belgrano.

Aprendí el sistema de lectoescritura para ciegos que lleva el nombre de un ilustre francés del siglo pasado, Luis Braille, a los 7 años, cuando cursaba el primer grado de primaria. No me fue difícil, tal vez por mi temprana edad; creo que esto mismo se da en los chicos que ven y que aprenden a leer y escribir a esta edad. Debo destacar que cuando comencé la primaria, no había jardín de infantes, por lo menos en la escuela Belgrano, mas en el presente esta escuela ya cuenta con jardín de infantes. En esa época, los chicos que no eran ciegos ya contaban con jardín de infantes, en los cuales se comienzan a tener nociones del sistema de lectoescritura a emplear.

No por vanidad digo que domino bien el braille; incluso lo enseño y todo va ¡muy bien! Según me han dicho muchos, no es difícil, aunque en este punto encontraremos opiniones contradictorias; cada cual expresará lo que ha experimentado.

Estando en segundo año del Secundario, algunos de mis compañeros se preocuparon por saber el sistema braille; buscaron en diccionarios el alfabeto y luego me consultaron. Prestándoles yo los elementos y sumando algunas indicaciones, nos abocamos a la práctica de esta nueva experiencia. Todavía tengo este tipo de alumnos. Incluso una hermana mía, interesada en aprender el sistema braille, lo está haciendo.

También me he encontrado con reacciones negativas para aprender el braille. Pienso que entre otras cosas, la sociedad “normal”, conoce muy poco acerca del mundo de los ciegos, y es por ello que en muchas oportunidades surgen en mí preguntas como las siguientes: ¿No será que el propio ciego, así como algunas instituciones que dicen apoyar y hacer algo por las diversas problemáticas de todos los discapacitados, son culpables de que la sociedad ande en tinieblas con respecto al trato de los diversos problemas que existen en el ámbito de los discapacitados?

Me hago esta pregunta porque la gente que compone esta sociedad no tiene ningún conocimiento de quién fue y qué hizo Luis Braille (lo afirmo porque he hablado con muchas personas y sobre ello tengo amplia cantidad de anécdotas), y no sólo no conocen nada de Luis Braille, sino que no conocen la cantidad de posibilidades que tienen los individuos discapacitados.

Lo que diré a continuación no es un ataque a nadie; es una de las tantas cosas que pienso: en la dirección de algunas instituciones es hora de que la gente “grande” le dé lugar a la juventud, que siempre tiene nuevos ideales y más fuerzas; y esto está haciendo mucha falta.

Si el braille ocupa mucho espacio; si antes se escribían todos los libros en interpunto (de los dos lados de la hoja), ¿por qué hoy no ocurre esto? Por cierto que no en todas las editoriales braille sucede lo mismo, y creo que debemos felicitar y destacar esa importante y útil labor.

En este tema las palabras sobreabundan, pero no los hechos. Hablo así porque tengo motivos, que no sé si es el momento de hacer conocer, pero de todos modos daré algunas referencias que mis propias experiencias como joven estudiante ciego a quien le gusta informarse a través de las publicaciones que realizan las imprentas braille.

Me gusta mucho la lectura, y es por ello que en oportunidades varias escribí a diversas entidades de América Latina. Nunca tuve contestación. Por supuesto que seguiré intentando; en mi propio país queda mucho por mejorar.

Los ciegos debemos agradecer a Dios siempre, por haber enviado a la Tierra a un hombre como Luis Braille, a quien debemos el sistema de lectoescritura que hoy lleva su nombre.

Es gracias al sistema braille que los ciegos podemos, en la actualidad, hacer amistades, informarnos, formarnos, recibir educación. En fin, creo que si bien el ciego siempre fue un individuo con posibilidades y potencialidades, el ciego, los ciegos, podemos desarrollar más y mejor esas posibilidades y potencialidades que tiene cada sujeto.

El braille es un intermediario que nos permite, como a los sujetos con vista la tinta, exteriorizar nuestros distintos estados.

Es el sistema de lectoescritura para ciegos braille, un gran sensibilizador del tacto; es importante que sea practicado por los adultos que han quedado ciegos en esta etapa; por supuesto que alguien que es ciego desde niño debe practicarlo, o mejor dicho, se le debe hacer ejercitar intensamente el braille. Todo ciego debe practicar la lectura, y por ende, la escritura braille para mantener la agilidad; para ello no importa la edad que tenga el sujeto.

Sé que estos conceptos que acabo de expresar, no son nada nuevo, mas creo que siempre tienen que permanecer en cada sujeto ciego, y jamás deben ser dejados de lado. Es por nuestro beneficio.

Creo que es para destacar el entusiasmo y la voluntad que ponen los individuos que ven.

Muchos de ellos aprenden el braille para mantener correspondencia amistosa con ciegos. Tampoco debemos olvidar a aquellos seres que se ofrecen como copistas voluntarios. "Gracias, aprendices y copistas; perseveren firmes, en esa labor que muchas veces es tan poco reconocida". ¡Cuánto hay para hablar con respecto a estos temas!

Claro que no me olvido de los sistemas de lectura y escritura que empleaban los individuos ciegos antes de conocer el braille. De ninguna manera les quito valor a los otros sistemas utilizados por los ciegos, en tal sentido tenemos ejemplos como el sistema de V. Haüy.

He encontrado algunas pruebas de lo que expresé más arriba con respecto al braille. Comparemos los siguientes datos:

en Viena, donde el sistema Klein no cedió el paso sino muy lentamente ante el sistema braille, continuó durante mucho tiempo, el uso paralelo en las clases, hasta que M. Heller se convenció de las ventajas de este último. Dicho director hizo concurrir a los dos más hábiles alumnos de lectura según cada sistema. Los

resultados de esta comparación no dejaron enseñanza, puesto que el braille no había sido enseñado a fondo, y en cambio el klein, merecía todos los cuidados (...) Las pruebas realizadas entre nosotros, procurando que los alumnos del klein y del braille fuesen de una capacidad media parecida, han dado los siguientes resultados: mientras que en dos minutos los campeones del braille leían ciento cincuenta y ocho palabras, los campeones del klein no leían más que ciento seis. En poesía la distancia fue mayor todavía, pues marcó ciento cuarenta y seis palabras contra setenta y siete, en igual período".

"Otra experiencia ha demostrado que la lectura del braille deja más libre juego a la inteligencia que la lectura del klein.

M. Heller, tuvo la idea de proponer a sus alumnos, textos compuestos de palabras polisílabas: unos compuestos de palabras reales y otros compuestos de palabras imaginarias y vacías de sentido. Los textos en klein fueron leídos con una velocidad sensiblemente igual: cuarenta y tres palabras contra treinta y nueve. En cambio, en braille, se leyeron noventa y dos palabras del primer texto en dos minutos, mientras que solamente sesenta y ocho palabras fueron descifradas del segundo. Es decir, que en la lectura del braille, la inteligencia colabora más con el dedo, y se paraliza menos con el trabajo mecánico..."

(Tomado de "El Mundo de los Ciegos" de Pierre Villey).

Otro de los sistemas de lectoescritura empleado por los ciegos fue el moon, muy utilizado por los anglosajones, en especial para redactar cartas.

Hoy, el braille debe ser una parte del ciego, y debe ser constante en cada corazón y mente, el agradecimiento al ilustre francés que dotado por Dios, fue el inventor del actual sistema de lectoescritura empleado en el mundo de los ciegos.

Aquel ser a quien recordamos después de muerto es porque sus ideas viven.

Mucho más se puede decir con respecto al inventor del sistema que lleva su nombre. No olvidemos que al palpar una página, Luis Braille habla por sí mismo. ¡Gracias!

El braille, gran amigo del invidente

Olinto Maldonado, de Venezuela. Nació el 2/2/1964; ceguera total; usa el braille desde los 10 años. En el momento de realizar este trabajo cursaba 5º año de enseñanza media (Bachillerato rama Humanidades).

Empecemos diciendo que el braille es el sistema que se ha logrado confeccionar a fin de que sirva como instrumento de lectura para las personas que, por esas causas a que nos tiene sujetos la vida, nos vemos en la necesidad de conocer y aprender dicho método.

Dentro de la sociedad, la persona invidente puede desarrollar y desempeñarse en diversos campos de trabajo; podemos asimilarlos y cumplirlos a la perfección, quizás mejor que una persona que dispone de su visión. Es por eso que digo y sostengo que la sociedad en sí, debe aceptar que nosotros podemos desenvolvernos perfectamente en cualquier sitio de dicha sociedad. Por lo tanto, pido yo a todos los gobiernos de igual número de países, que formulen un decreto en el cual se obligue a todas las empresas, sin distinción, a que se nos permita ingresar a cualquier área de trabajo, sin ningún tipo de problemas; como digo y sostengo sea donde sea. No es posible que por el simple hecho de ser personas faltas de visión, se nos niegue la responsabilidad de trabajar en cualquier empresa.

En cuanto a la movilidad del invidente, les puedo asegurar que nosotros podemos movilizarnos en diferentes lugares con bastante propiedad y facilidad. Esto se logra mediante el entrenamiento y la práctica de la persona, a fin de que pueda moverse de un lugar a otro sin ningún tipo de dificultades, y si se le presenta alguna, resolverla.

En mi caso particular, me movilizo sin problemas de ninguna clase, desde mi casa de habitación hacia distintos sitios de la ciudad.

El sistema braille ha constituido para mí, una de las puertas que me han dado salida a todos los caminos que hay que recorrer en la vida.

Pienso que al existir el braille, éste es un medio eficaz por el cual es posible comunicarse, transmitir, compartir diferentes ideas e inquietudes a fin de que el invidente no se sienta aislado del mundo que le rodea. Así conocemos mejor las etapas por las cuales habremos de transitar y que debemos superar con éxito en beneficio nuestro, para afirmar con orgullo: "¡He superado un escollo difícil!".

Esto nos da ánimo, ahínco, tesón y fuerza moral para vencer los obstáculos y poder así lograr las metas que nos hemos propuesto, sin tener que vivir a expensas de otras personas. No quiero decir con esto, que no necesitemos de esas personas, pero llegará el momento en que se cansen, sea por la causa que sea.

Nosotros, que por una de esas cosas que manda y dicta el destino, nos vemos imposibilitados de poseer la visión ocular, no debemos hacernos la idea de que, porque nos falta dicho sentido, somos seres específicamente inferiores a quienes lo poseen; esto no debe ser así. Los invidentes, mediante una educación adecuada, nos preparamos tanto y somos tan morales como nuestros semejantes, pues tenemos a nuestro alcance un medio muy importante, y obligatorio, y que es imprescindible que todo invidente aprenda para no sentirse aislado e incómodo.

El braille es un método muy sencillo; puede ser aprendido tanto por los invidentes como por los videntes. Claro que a estos últimos se les dificulta un poco, por el hecho de que el braille debe leerse con los dedos; ellos son los ojos del

invidente. No debe leerse con los ojos, pues ellos no son dedos.

Por todo lo anterior, me he podido dar cuenta de que el braille es la mano derecha de la persona falta de visión. Además, con este método se pueden componer todos los signos que comprenden los alfabetos existentes en el mundo actual, y tardará mucho tiempo en descubrirse otro sistema tan perfecto como el método braille. Es por eso que deben rendirse todo tipo de homenajes a su creador; el francés Luis Braille. Estos homenajes deben colocarlo en el más alto grado.

Después de sugerir y pedir que se coloque a Luis Braille en el sitio que por derecho le corresponde, pasemos a hablar un poco sobre el papel tan importante que cumple el braille en el proceso de aprendizaje del invidente. Voy a referirme única y exclusivamente a mi caso personal. . .

Yo, Olinto Arturo Maldonado Cruz, soy de origen campesino, y lo digo con mucho orgullo. Soy invidente de nacimiento, pero eso no me ha acarreado problemas en cuanto a mi situación psicológica. Además, tengo el apoyo de mis familiares; ellos me estimulan y me animan a seguir adelante, sin sentirme menos que los demás. Mi infancia transcurrió en un ambiente tranquilo y feliz. Como mis padres tienen una finca, yo fui criado en el campo. Cuenta mi mamá que cuando comencé a caminar perfectamente, ella tenía que andar tras de mí con el temor de que yo fuera a chocar o sufrir alguna caída. Así fue pasando el tiempo, y yo me sentía muy alegre; también mis hermanos jugaban conmigo...

Una tarde, cuando conversaba con mis padres, ellos dijeron que me alistara porque al otro día me iban a internar en una escuela especial. Al oír esto, me sentí muy triste y les dije que no quería. Ellos también se entristecieron, pero me decían:

—Hijo, es por tu bien. Nosotros iremos a verte cada quince días; así es que no te vayas a entristecer allá.

Al día siguiente nos fuimos para la ciudad. Luego de varias horas llegamos a una casa grande; lo único que oía era a varios niños que corrían, jugaban... Un poco asustado pregunté a mi madre:

—¿Cómo, mamá? ¿Quiénes son esos niños?

Y ella respondió:

—Esos niños son iguales a ti.

Cuando oí eso de labios de mamá, sentí deseos de aprender, y así fue. Lo primero que hice fue conocer toda la escuela.

De repente, me dijo una profesora:

—¡Arturito! ¡Ven y toca esto!

Al pasar la mano por una hoja, sentí que sobre ella había algo así como unos puntos. Intrigado, pregunté:

—¿Qué es esto?

—Es el método que tú usarás para aprender.

Dije a mi vez:

—¡Esto será difícil!

Y ella dijo:

—¡No! ¡Es muy fácil!

Fueron transcurriendo los días, y cada día aprendía algo. Al fin de mi primer año escolar, ya sabía leer y escribir braille perfectamente. Cada día que iba transcurriendo, me daba cuenta de que otro día no muy lejano, podría ayudar y

darle satisfacciones a mi familia.

Cuando cursaba el 4º grado, recibí la nefasta noticia de la muerte de mi padre. Los primeros días sufrí un decaimiento moral y desee no seguir estudiando; pero mi hermano mayor me dijo que eso no era causa ni motivo para abandonar los estudios, y que tarde o temprano todos tendríamos que morir. Al oír esto, pensé y recapacité; prometí a mi hermano querido que por nada del mundo dejaría mis estudios...

Actualmente curso el 5º año de educación media y pienso, si la buena suerte está de mi parte, estudiar Derecho que es una carrera que me gusta.

A través del tiempo que hace que vengo utilizando el braille como medio para mis estudios, he pasado por muchas experiencias y como las que me han ocurrido con personas que dicen que el braille es una cantidad de puntos escritos y que según ellos, no tienen sentido, yo les respondo:

—¡Para mí sí lo tiene, y un sentido muy grande!

Y ellos afirman:

¡No, chico! Lo que pasa es que tú eres un genio.

Entonces comienzo a reír porque esas personas dicen algo tan absurdo...

Una anécdota para concluir:

Me sucedió cuando cursaba 3º de bachillerato. Estaba yo con un grupo, estudiando química, materia con una cantidad de fórmulas tal, que yo no podía aprenderlas todas. Resolví copiar las importantes.

Cuando voy saliendo del colegio para ir a almorzar, venía el profesor, quien me instó a aprender las fórmulas. Como las tenía en la mano, se las entregué a aquel señor, que no era precisamente una pera en dulce.

Llegado el día del examen pedí la hoja en cuestión al profesor. Él me la dio, pidiéndome que leyera el contenido.

Comencé a hacerlo, pero diciendo una poesía. Cuando me hacía las preguntas, yo consultaba la hoja.

El, extrañado, de mi actitud, me insistía en por qué leía tanto la hoja. Le contesté que estaba leyendo la poesía, para tratar de recordar las fórmulas...

De los veinte alumnos, no pasamos sino tres, yo entre ellos porque me copié en la cara del profesor.

Por esas cuestiones, yo considero al braille como mi aliado eficaz.

Inesperada fuente de posibilidades

Luis Raúl Pinot, de Honduras. Nació el 10/1/1960; ceguera total; usa el braille desde los 9 años. En el momento de realizar este trabajo cursaba 3er. año de Derecho.

Jamás me imaginé, en los primeros años de mi infancia, que un día no muy lejano, utilizaría un método de escritura distinto a aquel con el cual mis hermanos practicaban sus lecciones y que yo observaba de cerca muy embelesado.

¡Cómo soñaba con la fecha en que pudiera asistir a la escuela!

Por fin mi mamá me fijó una fecha: "al cumplir tus 9 años", ya que mientras mis hermanos mayores terminaban su educación primaria, yo era el único que acompañaba a mi padre a la finca.

A mis 8 años, en aquella aldea de los Izotes Talanga, sucedió lo inesperado: ayudando a mi padre a cortar unas hojas de caña, me herí uno de los ojos, y fue disminuyendo gradualmente la visión hasta perderla por completo. Sufrí mucho al pensar que no aprendería a leer y escribir como los demás. Luego mi padre se enteró de la existencia de la escuela para ciegos, matriculándome de inmediato en ella.

Inicié mi preparatoria; luego mi primer grado. ¡Qué emoción! Formar sílabas, mis primeras palabras: "mamá", "papá", "mima", "dedo". . . igual a los niños videntes; poder leer en mis cuadernos las lecciones cuantas veces quería; la tensión nerviosa en tiempo de exámenes; leer mis cuentos favoritos... Todas estas situaciones provocadas por el braille en mi persona, me integraron a la sociedad. Ya en mi secundaria fui objeto de nuevas experiencias y emociones. Al sonar el timbre para el recreo en mi primera clase, se acercaron todos los compañeros, llenos de curiosidad, para ver mi forma de escribir, y aunque a veces me causaban molestias las numerosas preguntas que, en un instante, ellos me formulaban, trajo como consecuencia que yo me relacionara con y conociera todo tipo de personas, así como también el poder transmitir a ellas algo de mí mismo. Una experiencia muy grata me sucedió en 1981 con mi novia, una señorita vidente, estudiante en uno de los institutos de la capital: ella aprendió el braille para cuando fuera necesario intercambiarnos mensajes escritos.

Dios bendiga a Luis Braille por esta maravillosa invención. Gracias al braille, los no videntes no estamos obligados, como aquellos que existieron antes que el braille, a recorrer el camino de la mendicidad.

Ahora los ciegos podemos alcanzar la superación, y por ende, ser más independientes y contribuir al bienestar social.

Cuando llegué por primera vez a la Universidad, me ofrecieron 20 centavos, creyendo que andaba pidiendo limosna. Ahora, en mi tercer año de Derecho, todos me admiran, y aunque a veces he sustituido el braille por la grabadora, considero que el braille ha sido el medio por el cual he subido estos escalones.

Hacia una mayor presencia del braille en nuestra sociedad

Vicente José Cabo, de España. Nació el 18/3/1961; ceguera total; usa el braille desde los 7 años. Nivel de educación: enseñanza media. En el momento de realizar este trabajo cursaba el 7º nivel de E.G.B.

Trayectoria del braille en España

El braille fue introducido en España por don Jaime Bruno Berenguer, en 1840. Él era entonces profesor de la Escuela Municipal de Ciegos de Barcelona; allí comenzó a impartirlo a sus alumnos, junto con el sistema de escritura a lápiz, ideado por el ciego de Mataró, Jaime Isern.

Habiendo sido nombrado Pedro Llorens director de esta escuela en 1857, prohibió la enseñanza del braille hasta 1918. Implantó un sistema de su invención, por el cual se hacían en la pauta las letras del alfabeto visual, en relieve, utilizando un punzón. Este alfabeto estuvo vigente en toda España simultáneamente con el braille, por ser muy fácil su práctica y su enseñanza para los profesores videntes de las escuelas de ciegos.

Anécdotas y sugerencias

Cuando conseguí una pauta, una de mis hermanas, en parte por curiosidad y en parte por no tener que depender de nadie para leer mis cartas, quiso que le enseñara el sistema braille. Lo aprendió, pero como no tuvo tiempo de practicarlo, lo olvidó.

El braille ayuda a ganar amigos, porque cuando se lo enseñas a tus amistades videntes, se alegran de que puedas tener cultura y puedas comentar lo que piensas de este o de aquel libro.

Pero a pesar de eso, el braille está poco presente en la sociedad. Aunque somos consumidores, no se le ha ocurrido a ningún fabricante imprimir etiquetas en braille con el nombre de sus productos. Sólo en una farmacia he visto dos medicamentos que contienen en sus cajas el nombre en braille.

Las instituciones de ciegos deberían concientizar a los gobiernos de sus respectivos países para que legislen sobre este particular. Esto daría al braille mayor difusión social y a los ciegos, total independencia al comprar, pues no lo harían "a ciegas"; imprimir en braille teniendo cada uno de sus signos en molde, es sólo una cuestión puramente técnica.

Limitaciones técnicas del braille

En nuestro sistema cuesta más publicar que en el de los videntes. Esto es debido, en primer lugar, a que el papel que utilizamos ha de tener mayor espesor que el que se usa para escribir en tinta; si utilizáramos dicho papel, al perforarlo con un punzón, en vez de puntearlo, lo agujerearíamos.

Por otro lado, la distancia entre nuestros renglones es mayor que la existente entre los renglones escritos en tinta. Esto hace que un libro corriente de 200 páginas, ocupe en braille 400, lo cual trae como consecuencia que nuestros libros ocupan mayor espacio que los libros corrientes.

Por ello tuvimos que inventar una escritura abreviada: la estenografía braille, que nació tras un intento de enseñar braille a los chinos.

En 1875, el ciego inglés Sir John Murrill, inventó un sistema en relieve, que redujo a 408 los 3.217 signos del alfabeto chino. Para ello, siguió un criterio silábico representando con un solo signo un determinado grupo de letras. Obtuvo un gran éxito, pues en poco tiempo, consiguió enseñar a leer y a escribir a

muchos ciegos chinos, mientras que antes sólo se conseguía tras varios años de intenso trabajo, incluso tratándose de alumnos videntes.

Este fue el principio de la estenografía braille. Posteriormente, cada país creó su propia estenografía (Inglaterra adoptó el sistema Murait). Con la estenografía se gana velocidad en la lectura y la escritura, los libros tienen menos páginas; se ahorra papel y se ocupa menos espacio.

Poesía a Luis Braille

Escúchanos a los ciegos,

allá donde te halles;

nos legaste un gran invento:

el de tu sistema braille.

Los ciegos de todo el mundo, por ti tenemos cultura.

El braille es para nosotros, un faro en la noche oscura.

Tu sistema nos permite escribir,

también leer.

Antes sin él y sin vista, no pudimos aprender.

Hoy ya hay ciegos con carrera, que afirman sin vacilar,
que por tu sistema braille, han conseguido triunfar.

El sistema braille, protagonista de la independencia

Nora María Dalzotto, de Argentina. Nació el 15/9/1961; ceguera total; usa el braille desde los 18 años. Nivel de educación: enseñanza secundaria. En el momento de realizar este trabajo cursaba 2º año de Bachillerato con Orientación Docente.

Mis experiencias acerca del sistema braille —puedo decírselos sin duda— fueron hermosas.

Antes de quedar ciega, yo había escrito con papel y tinta, como cualquier persona normal, por lo que fue muy grande mi emoción cuando empecé a hilvanar las primeras palabras y a poder leer y escribir.

Descubrí poco a poco, y con una enorme satisfacción, que gracias al sistema braille podía hacer innumerables cosas (números, signos matemáticos, cartas, poesías...). Pero lo más importante fue que gracias al braille pude continuar mis estudios.

Al poder desempeñarme muy bien con el braille, pienso que es un protagonista de gran parte de la independencia del ciego.

Con mis amigos tuve simpáticas anécdotas, por ejemplo, la primera vez que leí ante ellos, me decían:

—¡Es mentira que lees! ¡Lo que dices lo inventas en el momento! ¿Cómo puede ser que pasando los dedos por encima de esos puntos leas?

Y así hasta que tuvieron que convencerse.

En el ámbito de mi familia tuve vivencias muy particulares, ya que al principio yo era la única que entendía el sistema braille; hasta que empecé mis estudios secundarios y mi hermana, un poco por curiosidad y otro poco por ayudarme, me pidió que se lo enseñara. Lo aprendió rápido y con facilidad, aunque con las lógicas confusiones entre la “h” y la “j”, la “f” y la “d”. Yo me sentí muy reconfortada al enseñarle a mi hermana, y también cuando ella me manda cartas y mensajes.

La mayor satisfacción que me brindó el braille, fue el poder cumplir con el sueño de mi vida, mi gran aspiración: comunicarme con la patria de mi abuelo, con Italia. Yo jamás lo imaginé, y menos por medio del braille; pero era verdad.

Les aseguro que al tener la primera carta de un chico ciego de esa tierra tan lejana, viví inenarrables momentos de alegría y emoción, al comprobar que toda esa comunicación se la debía al sistema magnífico de Braille, y que, aunque estaba manifestado en otro idioma, era el mismo sistema tan querido y respetado por nosotros.

Por eso, quiero felicitar a quienes tuvieron esta genial idea de homenajear a Braille al cumplirse 175 años de su nacimiento. Pienso que es un deber moral de cada ciego rendirle homenaje a Braille por el sistema mundialmente conocido, y que gracias a su genio, podemos gozar hoy.

Hombres como Braille no deben olvidarse jamás,

Por llegar a ser como tú

Ana Peláez Narváez, de España. Nadó el 8/10/1966; nivel de educación: enseñanza secundaria. En el momento de realizar este trabajo cursaba el 3er. año de Bachillerato Diversificado Polivalente.

...Y sin embargo, nací hace ya mucho tiempo; quién sabe cuánto, quién sabe en dónde...

Crecí, y apenas relacionada con mi familia, concluí mis estudios en el Colegio San Luis Gonzaga de la ONCE en Sevilla, envuelta en ilusiones, fantasías y recuerdos que serían inolvidables para siempre.

¡Y por fin, la vida, el mundo, los coches y las gentes de un lado para otro!

Atropellos, mal humor, pasos que no conducen a nada y que no los anda nadie...

No, nunca hubiera creído que yo, pobre ilusa, pudiera superar tanto bochorno, tal ruido que me hacía ensordecir y no escuchar mi propia voz...

Mas, el tiempo continuó y el verano trajo consigo las monótonas vacaciones de costumbre, viviendo protegida por no sé quién para no caer en alguna zanja inesperada.

Un buen día, sentí que alguien me movía y me decía:

—¡Despierta, despiértate, chiquilla! ¡Venga, arriba, que ya es tarde!

Y así fui conducida al instituto para comenzar a cursar el Bachillerato Unificado Polivalente.

Jóvenes de todas las edades esperaban impacientes las listas de clases y, en algunas horas, todo estuvo organizado.

En un principio, me encerré en mi propio nido; fui una sospecha, una intriga que poco a poco hacía crecer en mis compañeros videntes la curiosidad: ¿quién sería? ¿qué me pasaba? ¿por qué no tenía amigos...?

Algún tiempo pasó hasta que, por fin, comprendí que aquello tendría que cambiar; de nada valía esconder mi ceguera, mis libros y mis "puntitos". . .

Y comencé a vivir. En un principio el sistema braille supo atraer toda la atención: profesores y alumnos se agolpaban para verme funcionar (¡ni que yo fuera una máquina!), leer, escribir, abrir y cerrar libros, correr y saltar longitud, andar con tanta disposición...

Pero lo que antes había sido a admiración, se convirtió ahora en algo normal, aunque con momentos insólitos que me facilitaban siempre nuevos amigos. . .

—Oye, pero... ¿cómo puedes hacer eso?

—¿...y no te confundes con tantos puntitos? ¿A ver... qué letra es esta?

Los amigos curiosos fueron desapareciendo, y ya nada tenía yo de espectacular para ellos. Simplemente era una más, que escribía a mi modo, que andaba chapoteando en bastón, como otro lo pudiera hacer moviendo los brazos a modo de soldado...

Ahora, pasado el tiempo, sé que mis amigos confían en mí; saben que puedo montar en bicicleta, que puedo nadar, que estoy siempre al servicio de cada uno, que soy una persona más.

—Ana, sin ti... me pierdo.

El braille y yo

Jorge A. Allevi, de Argentina. Nació el 3/10/1961; ceguera “casi total”; usa el braille desde los 19 años. Nivel de educación: Universitaria. En el momento de realizar este trabajo cursaba 4º año de Abogacía.

Estoy afectado por un problema de glaucoma desde mi nacimiento. En un principio, la disminución visual era poca, lo que me permitió aprender a leer y escribir normalmente. Esta situación se mantuvo hasta que llegué al cuarto grado de enseñanza. En ese entonces, la situación se agravó, porque me realizaron una operación que no resultó exitosa y, como consecuencia, la disminución se hizo más grave, pero sin llegar a ser total. Así es que entonces, ya no pude leer ni escribir con el sistema tradicional.

En aquel momento mi madre me sugirió el aprendizaje del sistema que inventara aquel ilustre francés, aquel que fue la luz que iluminó las letras de los que no vemos con los ojos.

Al principio me resistí a dicho aprendizaje, porque no había llegado a comprender el cambio que se había producido en mi vida. En aquel entonces, para seguir estudiando, tuve que utilizar otros sistemas tales como grabadores, y fundamentalmente la lectura realizada por mis familiares y amigos, que tanto me ayudaron y me siguen ayudando.

Pero sabemos que en este mundo, todo cambia y evoluciona, y el hombre al formar parte de este mundo no está fuera de esa evolución. Así es que yo también he evolucionado, y por impulso de una profesora de música, utilizo el sistema braille desde 1980.

Desde ese momento me pregunto por qué no había comenzado antes, y me digo que he perdido mucho tiempo en esos años. Porque gracias a dos elementos, el uno puesto por Braille: el sistema; el otro puesto por mí: el tacto, logré entrar en un mundo totalmente diferente. Me di cuenta de que otra vez podía leer y escribir sin ayuda de los demás.

Fue así que con un grupo de chicas y chicos, comenzamos la tarea: esa tarea que es como empezar nuevamente el primer grado. Los primeros puntos... las primeras palabras, son experiencias maravillosas. Las palabras y después las lecturas de literatura, de música, de historia...

Además la lectura y escritura de idiomas extranjeros, y la utilización de la estenografía aplicada al sistema, tan útil para tomar apuntes en la Facultad.

El sistema braille es muy útil para todas las actividades diarias, ya que gracias al mismo, puedo identificar objetos, ropa, casetes con música u otras grabaciones y libros, a través de marcas en los mismos.

Yo integro una institución de servicio para la comunidad, denominada “Club Leo Juan de Garay”, y por medio del sistema braille, puedo llevar un registro de todas las actividades que realizamos, al igual que una lista con los nombres de los integrantes, direcciones y teléfonos. En este momento estamos planeando la colocación de carteles escritos en braille, en las paradas de los colectivos, para que los ciegos puedan saber en qué calle están, y qué colectivos pasan.

Con respecto a la amistad, el braille es un medio para lograr amigos. Al comenzar el estudio del sistema en la escuela, todos los que aprendían conmigo, no sólo fueron compañeros de estudio, sino que algunos se convirtieron en verdaderos amigos que perduran como tales. Con ellos me reúno a conversar y a

jugar cartas, porque hasta esto permite el sistema inventado por el ilustre francés. Con relación a este punto, sirve como ejemplo la amistad que he logrado con una persona que tiene alguna diferencia de edad conmigo, y que es un verdadero ejemplo para mi vida; con él discuto numerosos temas, como los derechos y avances que mejoren nuestra situación. Además, estamos estudiando juntos en la Facultad de Abogacía, por lo cual hemos formado una sólida amistad.

También he descubierto que a través del sistema braille, se puede mantener una fluida correspondencia con gente que no se conoce personalmente, y que a través de esas cartas, uno puede lograr relaciones de amistad.

La agenda personal es otra de las oportunidades que nos brinda el sistema. En ella se pueden anotar datos que son muy útiles, como por ejemplo teléfonos, direcciones de amigos, actividades que diariamente realizo, fechas importantes, cumpleaños, demás datos útiles... en fin, un montón de cosas que si no fuera por el braille, sería imposible recordar.

Además, los ciegos de la República Argentina, recibimos bimestralmente, de la Editora Nacional Braille, revistas que nos permiten conocer una gran cantidad de artículos aparecidos en publicaciones de actualidad, de curso normal. De esta manera, puedo llegar directamente a la información, sin necesidad de que otra persona la tenga que leer para mí. Estos comentarios son de mucha actualidad, y me permiten estar informado sobre la realidad que nos toca vivir.

Además nos envían análisis de obras literarias, comentarios sobre la situación interna de nuestro país, y a la vez nos hacen viajar por el mundo, por medio de nuestra imaginación, describiendo ciudades, selvas, lugares y monumentos históricos, museos y obras de arte... También podemos conocer la vida de grandes personalidades.

Además nos envían, una vez al año, una agenda: almanaques con direcciones y números telefónicos de diarios, radios, empresas de transporte, cines y teatros; instituciones de ciegos de nuestro país y del mundo: llamados de urgencia y las características del sistema de tele- discado nacional... datos todos muy importantes para la familia y para aquellos que se dedican al comercio y a la industria.

Creo que después de esta breve reseña sobre la utilidad del sistema braille, no quedarán dudas acerca de lo importante que es el mismo para las personas ciegas o con disminución visual.

Sin embargo, si bien la independencia se logra totalmente desde el punto de vista de la escritura, no se logra desde la perspectiva de la lectura, porque en nuestro país son pocas las publicaciones, y no se editan los textos y revistas necesarios para cubrir las ambiciones informativas de los no videntes. Y esto se agrava aún más en las provincias, pues en la mayoría de ellas, no hay bibliotecas donde buscar libros.

En mí familia, casi ninguno se interesó en aprender el sistema braille —tampoco yo les impuse que lo hicieran—, salvo mi abuelo, que intentó aprender, pero no lo logró por su avanzada edad.

Cuando estoy leyendo o escribiendo, los siento muy intrigados, y me preguntan qué estoy leyendo o escribiendo, lo que se acentúa aún más, si lo hago con la luz apagada.

Para finalizar, reiterando que el desarrollo, evolución y posterior

perfeccionamiento del sistema braille fue, es y será trascendental en la vida de los ciegos y disminuidos visuales.

Aquel 4 de enero de 1809 nació un hombre, pero también nació una luz imperceptible para los videntes, una luz sobre la expresión gráfica de aquellos que no ven con los ojos.

Por esta gran obra, los ciegos y disminuidos visuales, estamos profundamente agradecidos a ese gran francés que se llamó Luis Braille.

Humilde opinión

Montserrat Rincón, de España. Nació el 28/12/1964; ceguera parcial; usa el braille desde los 5 años. Nivel de educación: universitario. En el momento de realizar este trabajo cursaba el 3er. año de Filología Hispánica.

Corría el año 1970. En la ciudad de Valladolid, una niña ciega de cinco años, una niña como otra cualquiera, acababa de ser afiliada a la ONCE (Organización Nacional de Ciegos Españoles). A sus padres, que nunca habían tenido un ciego en la familia, les habían dicho que era lo mejor.

Un día llegó a casa la asistente social de la delegación de la ONCE en Valladolid, y dijo que iba a traer un sistema de escritura consistente en unos puntitos que, combinándose, formaban las distintas letras, que un ciego podría reconocer tocándolas. La pequeña nunca se había preguntado cómo escribían los ciegos, pero ahora pensaba en cómo serían aquellos misteriosos puntitos que aún no había visto. Todavía no sabía que se iban a convertir en su único sistema de lectura y escritura, el cual formaría parte importante de su vida.

Por fin, un día le trajeron un extraño abecedario en el que se podían ver, en relieve, las letras que sus padres habían considerado normales (de las cuales ella sólo conocía la “o” por ser redonda), y debajo de cada una, un grupito de puntos, combinados de diferentes maneras, nunca más de seis.

Sus padres, ayudados por esas letras en relieve, iban colocando su dedito en aquellos puntos, a la vez que le indicaban el nombre de la letra. Pasados varios días, ya las conocía todas.

Más tarde, le trajeron una cartilla para que leyera en ella. Su madre, con paciencia, ayudada por el abecedario antes aludido, se molestó en copiar en un cuaderno todas las páginas de aquella cartilla, con el fin de que toda la familia pudiera tomarle la lectura... Y, tras varios días de lectura, se puede decir que esta pequeña ya sabía leer en sistema braille.

No aprendió a escribir hasta que una mañana de setiembre de ese mismo año, ingresó en un colegio situado en Sevilla, donde pasaría 8 años.

Esta insignificante historia, no es más que la mía, una historia sin importancia; así aprendí a utilizar el braille, el único sistema de escritura que he usado en mi vida.

Estudí la Educación General Básica y el Bachillerato en colegios de ciegos, donde el sistema principal de escritura era el braille. Pero, cuando posteriormente fui a un instituto de educación integrada, y más tarde a la Universidad, el que había sido para mí, habitual sistema de escritura, se convirtió en un extraño método que solamente utilizaba yo.

A pesar de todo, sigue siendo mi habitual sistema de lectura y escritura. A veces me veo obligada a sustituirlo por una cinta magnetofónica o por una persona vidente que me lee, por carecer de un determinado libro escrito en braille; pero he de decir que la lectura no entra igual por los oídos que por los dedos: por medio de la lectura táctil es más fácil asimilar los conceptos; podemos volver sobre lo leído y aumentar o disminuir la velocidad de lectura, según que lo que queramos leer sea más o menos importante.

Es cierto que el braille tiene muchas limitaciones, pero pienso que desde que se inventó hasta ahora, es el mejor método de lectura para ciegos que se ha creado. Desconozco los métodos de escritura anteriores a él, pero supongo que si ha sido

el braille el que se ha impuesto, no habrá sido en vano.

Empecemos a analizar sus limitaciones:

- La escritura a mano resulta muy lenta, mucho más lenta que la escritura en negro; por tanto es obvio que estamos en desventaja con respecto a los videntes.
- La escritura a máquina es más rápida. Sin embargo, ésta es más ruidosa, lo cual es un inconveniente si queremos escribir en un lugar público. A esto hay que añadir que es muy pesada y, por tanto, difícil de transportar (por ejemplo, para ir a clase).

Aquí creo conveniente hacer un paréntesis y relatar mi propia experiencia al respecto: cuando estoy en clase, tomo notas a mano y como nuestro sistema de escritura es más lento me veo obligada a utilizar signos de abreviatura que yo misma me invento, con el fin de hacer más breve la escritura y tomar el mayor número posible de notas. Luego, en casa, tengo que pasarlas en limpio pues de lo contrario, a los pocos días ya no podría saber qué puse en el papel.

De todas formas, yo considero que esta es una experiencia positiva; en mi opinión, es sacarle el máximo partido al sistema braille. Además —y aunque esto parezca una tontería a alguien—, me siento más próxima a los videntes, más que si estuviera con los brazos cruzados dejando que un magnetófono grabe al profesor. Aparte de esto, en casa tendría que pasar en limpio las cintas grabadas para eliminar las cosas superfluas, las cuales no existen si tomo notas a mano, ya que sólo escribo lo que es importante.

Continuemos con los inconvenientes que tiene nuestro sistema de escritura:

- Ocupa gran cantidad de espacio; un folio mecanografiado por las dos caras equivale, en braille, a seis enormes y gruesos pliegos, más o menos. Está claro que si queremos guardar escritos, necesitaremos muchísimo más espacio que las personas videntes.
- Al ser un sistema de signos reducidos, de sólo 63 combinaciones diferentes, muchas veces un mismo signo puede representar diversas realidades, según las distintas materias que se quiera tratar, lo cual, como es obvio, no resulta nada ventajoso. Citaré algunos ejemplos; el signo (puntos 1-4-5-6) es la theta griega, la “o” con acento circunflejo en francés y el “do” negra en música; el signo (puntos 1-3-4-5-6) significa ji griega, “c” con cedilla francesa y “mi” redonda en música; el signo (1-2-6) es la “e” con acento circunflejo en francés, la eta en griego y el paréntesis matemático. (1) A veces se necesitan dos espacios para formar un solo signo: así por ej., los puntos 2-3-5 y 1-2 significa “b” fricativa en el alfabeto fonético internacional; los puntos 1-2-4-6 y 1-5-6 es el signo de raíz cuadrada.
- Por otra parte, mientras que en la escritura en tinta se puede, según se está leyendo, subrayar o marcar determinada frase que se quiere resaltar o bien corregir algo escribiendo encima, en braille es prácticamente imposible. Al escribir, para recalcar una frase determinada, en braille sólo tenemos un signo: el signo de bastardilla (4-5-6), mientras que en la escritura en tinta esto se puede hacer con la letra negrita, la letra bastardilla, el subrayado cambiando de color... Es evidente que nuestro sistema de escritura en este sentido tiene muy reducidas posibilidades.

Pero, al señalar estas dificultades, lo he hecho comparando el método braille con la escritura en negro que es, al fin y al cabo, el sistema normal de lectura y escritura. Pero revisemos ahora los intentos de sustituir al braille que yo conozco, y veremos que hasta ahora, es lo mejor que se ha creado para la

escritura de los ciegos.

Por una parte, ha proliferado bastante la grabación de libros en cintas magnetofónicas. Ya he hablado antes de cómo la lectura auditiva entraña más dificultades que la lectura táctil. Además, esta es una forma de lectura, pero no de escritura.

El llamado optacón es un sistema de lectura excelente, porque nos permite acceder a todo tipo de escritos; pero este aparato que necesita ser perfeccionado, tiene el gran inconveniente de su elevado precio. Además esta máquina también sirve sólo para la lectura, es decir que si nosotros tenemos que escribir algo, lo tenemos que hacer en nuestro sistema braille.

Semejante fin tiene la telelupa, aunque ésta sólo sirve para personas con bastante visión, mientras que para los que no ven o vemos poco, resulta bastante inútil.

Y por fin, tenemos lo que los franceses llaman "braille efímero", y los ingleses "braille sin papel". Estas máquinas, que inventó un ingeniero francés y que han comercializado varias firmas de distintos países, resultan eficaces porque permiten almacenar gran cantidad de escritos en un espacio reducido. También permiten buscar con rapidez líneas, páginas o capítulos determinados; es algo ideal para tener enciclopedias, diccionarios, ficheros. Su gran inconveniente es, como en la mayoría de los aparatos usados para ciegos, su elevado precio.

Sin embargo, vemos que a pesar de toda la técnica de los aparatos anteriormente mencionados, su base son los seis puntos de aquel método de lectura y escritura para ciegos, que hace más de 150 años creara nuestro genial amigo Luis Braille. Por consiguiente, queda demostrado que hasta el momento ningún sistema de lectura para ciegos es mejor que nuestro sistema braille.

Tal vez, en el futuro, se invente algo mejor; yo confío en ello. Pero... ¿cómo sería ese sistema?

Ojalá tuviera yo la clave; ojalá alguien de con ella. Pero mientras tanto, alabemos todos a nuestro querido Luis Braille, persona de gran inteligencia, que fue capaz, muy joven, de inventar este fabuloso sistema que ha significado la vida para muchos de nosotros.

N. de R.: Se refiere al Código Matemático-Científico Español" o Código "U".

Enfrentar nuestra realidad

María Augusta Granda, de Ecuador. Nació el 14/8/1966; ceguera total. Nivel de educación: enseñanza primaria completa.

Cuando era yo muy niña, mis ojos se llenaban de lágrimas, porque no podía escribir como las personas que ven, y eso me ponía muy triste: hasta entonces yo no conocía el sistema braille.

Mis padres me decían que me iban a poner en una escuela para ciegos y yo me ponía a llorar, pues creía que era la única ciega que existía en el mundo. Pero como me dijeron que iba a tener otros compañeros en mis mismas condiciones, me tranquilicé un poco.

Al llegar a la escuela, sentí mucha curiosidad por saber cómo era una regleta, un punzón... y cómo se los utilizaba. Veía a mis amigos que escribían con gran rapidez y yo trataba de hacer lo mismo. Pero no podía.

Cierta vez, la profesora nos dijo que no nos olvidáramos de la poesía que nos había enseñado, porque al otro día nos la preguntaría. Lamentablemente, yo la había olvidado, y sufría porque no podía repasar.

Mis padres no sabían qué hacer. Como desconocían el sistema braille, me dieron un libro en tinta para que yo leyera en él. Total, yo no podía hacerlo.

Un primo se me acercó, y con pena me dijo:

—¡Qué lástima! No sabes leer...

Con tristeza, y llena de dolor, me dije: “Les demostraré que yo sí puedo leer y escribir”.

Tomé un clavo y una hoja de papel y comencé a pinchar, creyendo que así se escribía. Pero cuando les mostré, me dijeron que el papel se había roto.

Al otro día me dirigí nuevamente a la escuela, desilusionada por lo que me habían dicho. Les mostré a mis compañeros y a mi profesora aquel papel, y en efecto, me dijeron que el clavo y la hoja no servían para nada.

Así es que me alentaron, y poco a poco el braille fue muy importante para mí. Mi familia se impresionó muchísimo por este paso que había dado.

Mientras que para las personas ciegas nos es fácil comunicarnos con las personas que ven, puesto que también escribimos a máquina común, hay en cambio pocas personas videntes que saben braille. Yo creo que deberían aprenderlo, porque es bonito e interesante.

Pienso que el braille es muy importante ya que de él nos podemos servir para tomar nuestras clases, utilizando incluso la estenografía.

Gracias a Luis Braille es que podemos usar este hermoso sistema y enfrentarnos a nuestra realidad, lo que nos puede llevar a ser personas íntegras, a hacernos incluso, profesionales.

Yo le doy gracias al Señor, por haber conocido el braille, ya que forma parte de mi vida.

¿Fueron profecías?

Marta Estrada Galán, de España. Nació el 25/2/1967; ceguera total; usa el braille desde los 11 años. Nivel de educación: enseñanza secundaria

Había un dibujo en una enciclopedia infantil ilustrada. Al pie del mismo leí: “alfabeto braille”. Se veía una mano con algo entre los dedos: un objeto redondo acabado en punta.

Convencida de mi descubrimiento, le conté a mi madre que los ciegos escribían

con una pera.

Días después, en el cajón de la mesa-escritorio de mi padre, encontré un papel color crema cubierto de puntos, de letras braille con su equivalente impreso. Fui con él a la clase de lenguaje y lo mostré a mis compañeros, una vez recibido el consentimiento de la maestra.

Eran cosas realmente curiosas, que captaban mi atención, e incluso llegué a jactarme de conocer la escritura de los ciegos.

¿Estaba marcado en mi destino, desde que perdí la vista del primer ojo, años antes que sucediera lo narrado? ¿Lo llevaba adentro? No lo sé, pero meses después de mi hallazgo en la enciclopedia, me quedé ciega.

A partir de entonces empezó mi contacto directo con el braille, a través de aquel papelito color crema que descubriera... Sí, porque de ahí aprendí a leer, sin necesidad de un instructor.

No fue difícil ni complicado; si erraba, corregía, y así hasta que conseguí el dominio del sistema.

Empezó un nuevo recorrido para mí, a través de aquel, hasta entonces “desconocido” sistema de comunicación. Podía usarlo en la escuela; con él leía, escribía y estudiaba.

Lo que por primera vez vi como un caos de puntos que excitaban mi curiosidad y la de las yemas de mis dedos, se había convertido en algo que formaba parte de mi vida cotidiana: algo que servía para que me suspendiesen o me aprobasen en un examen; algo que me introducía en la fantasía de las novelas o en la aridez de los libros de texto. . .

Era mi “punto” de contacto con el mundo que me rodeaba, con las circunstancias que me envolvían. Era el puente hacia la realidad exterior.

Han pasado muchas cosas desde que usé el braille por primera vez, pero las más destacadas surgieron a partir de mi integración en un instituto de personas videntes. Desde: “hay una chica en mi clase que escribe con un trozo de hierro y un pincho”, pasando por “¿a qué juegas?”, “¿por qué no haces el examen?”, hasta “¿cómo funciona esto?”, he oído todo lo imaginable por parte de profesores y compañeros.

Su atención, su sorpresa, su extrañeza, su curiosidad y hasta su enojo, convergían —y siguen convergiendo— de modo creciente. Los videntes quieren saber, quieren disipar su ignorancia al respecto, y es por ello que preguntan, investigan y se interesan. La pregunta “¿cómo lo haces?”, tímidamente formulada, es frecuentísima.

Cuando han salido de su ignorancia, se maravillan de que el tacto de una persona llegue “hasta el extremo” de leer y que la persona ciega sea capaz de manejar un sistema, en su opinión, harto difícil.

No cabe duda de que, hoy por hoy, una persona invidente desconocedora del braille, pierde al momento un elevado porcentaje de posibilidades a la hora de comunicarse con los demás. Pero seamos realistas, y observemos la otra cara de la moneda: ¿cuántos videntes conocen el braille? Y quien dice ese sistema, dice también el habla mediante signos de los sordomudos, o cualquier otro medio de comunicación de los disminuidos.

¿Cuántos son capaces de comunicarse con nosotros? Si lo miramos por ese lado, opino que el campo de relación es reducidísimo. ¿Qué pasa cuando nos interesa dirigir una carta a cualquier vidente? Podemos recurrir al dictado o a una

máquina de tinta, claro está... Sería un poco egoísta tratar de que todo el mundo conociera el braille, pero, ¿por qué no podríamos invertir la operación? Si nosotros debemos usar su sistema, ¿por qué ellos no pueden utilizar el nuestro? Sería muy bonito gozar de una igualdad al respecto; mas soy consciente de que actualmente es improbable conseguirla.

Quiero mencionar ahora, lo que muchas veces siento, lo que me molesta del braille, lo que quisiera de él, aunque aviso de antemano que son cosas superficiales, influidas tal vez por once años gozando de la vista. A veces me da rabia la excesiva voluminosidad de los libros. Quisiera reducirlos al mínimo para tener lo que se dice "libros de cabecera" o "libros de mesita de noche". Me sentiría dichosa si pudiera tener uno o dos libros sobre la mesilla y poder echar mano de ellos cómodamente, en cualquier momento. Lo que para muchos es un "libro de cabecera", para mí se convierte en un engorroso "libro de suelo", pues es bajo la cama donde debo guardarlo si quiero leer de noche.

Y a una que le gusta escribir poemas... ¿por dónde puede llegar la inspiración con el ruido que arman la máquina o la pauta? ¿Qué haces si bajan las musas en pleno campo? Porque un papel y un bolígrafo se pueden llevar a todas partes, pero una pauta... Y si por casualidad la llevas contigo, en lo que pones el papel, la cierras y colocas la reglilla... ¿dónde ha ido a parar la inspiración?

¿Qué pasa cuando tienes un novio vidente y no conoce el braille? ¿Quién va a leerte sus cartas? Hay que enseñarle, sin duda.

Todo esto es puramente anecdótico, cómico incluso. Y es que los grandes temas tienen también su momento para romper la rigidez.

A pesar de todas las pequeñas y superficiales dificultades que el braille pueda tener, quiero brindar desde aquí por su magnífica misión, y por ese papel tan importante que representa en la sociedad. Alzo la copa, porque considero al braille como mi aliado, como mi compañero, como ese amigo indiscutible que te apoya, que te presta su ayuda a cada instante.

En el fondo, ¿qué puede importar que ocupe mucho lugar cuando se trata de libros? ¿Qué más da si se pierde la inspiración? ¿Acaso pasa algo si te leen la carta del novio?

Donde haya algún medio de comunicación como el nuestro, ¡abajo las trivialidades! ¿Qué haríamos hoy en día, si a Luis Braille, ese niño inteligente, ese adolescente intrépido, ese adulto capacitado, no se le hubiese ocurrido luchar por la integración de los ciegos?

Desde España, y poniendo en mi boca lo que muchos ciegos dirían, manifiesto mi más sentido reconocimiento hacia la persona de aquel francés excelente a quien debemos gran parte de lo que hoy somos: personas integrantes de la sociedad humana.

Un instrumento, un símbolo

Norma Toucedo, de Uruguay. Nació el 21/3/1960, ceguera total y congénita; usa el braille desde los 5 años. Nivel de educación: Universitario (Psicóloga).

Introducción

Cierta vez, conversábamos con algunos estudiantes acerca de la importancia que tiene para nosotros, los ciegos, aprender a firmar y aún a escribir relativamente bien en negro:

—Tenemos que poder recibir una carta que viene recomendada...

—Si tengo que salir y no hay nadie en casa, puedo dejar anotado algún encargo, o bien a dónde estoy a qué hora voy a volver. . .

Otro compañero ciego habló de las marcas escritas en letras de imprenta sobre los envases de ciertos refrescos, así como también de los números en la botonera de algunos ascensores... Sin duda, se trataba de un elemento fundamental para nuestra mejor integración en un mundo en el que la gran mayoría de las personas ven y escriben de aquel modo.

Al cabo de algunos momentos, intervino en la conversación una estudiante vidente:

—Lo que yo no entiendo es lo del braille. . . Claro, si el tema esencial en la educación de los ciegos es la integración, con el mayor desarrollo de sus posibilidades, entonces, ¿para qué el braille? Ustedes podrían manejarse con un grabador, como lo hacen a veces; yo conozco un chico ciego que hasta armó una agenda telefónica en un minicasete. Ustedes no van a encontrar nada escrito en braille por allí: ningún cartel, ningún menú, ninguna indicación... Es algo entre ustedes. Claro que si uno quiere, puede aprenderlo, pero ¿para qué, otro sistema de escritura? Además, muchas veces oí quejarse a los ciegos por el espacio que les ocupa el material braille, por lo engorroso que resulta conseguir quien copie rápidamente textos a nivel universitario, o de consulta, o simplemente "best sellers". ¡Más parece un sacrificio que un elemento ventajoso!

Por el tono utilizado por la muchacha, todo el mundo se lo tomó a broma. Alguien contó que en los Estados Unidos había menús escritos en braille; otro compañero habló de los "aparatos" que ya están fabricándose y que al albergar la escritura braille en una especie de casetes, reducen su espacio al mínimo.

Yo, a mi vez, recuerdo haber defendido ardorosamente al braille como "mi medio natural de escritura" y como si estuviera en juego en aquella discusión, algo que formara parte de mi vida de manera fundamental. Evidentemente, todo esto no constituía para mí en modo alguno, una broma.

Poco después, mientras volvía sola a casa, caminando lentamente, muchos pensamientos giraban desordenados dentro de mi cabeza.

Hoy pretendo que ellos constituyan el material para este artículo. Espero —eso sí— que sean capaces de ordenarse un poco más esta vez.

El braille como medio de la comunicación

Ahora, al igual que entonces, lo primero que se empeña en esbozarse y tomar forma una y otra vez es una pregunta: ¿por qué yo había sentido la necesidad de "defender" al sistema braille, casi con enojo en aquella conversación?

Es que en realidad, si lo pienso bien, nadie se había tomado siquiera un segundo para pensar en lo que aquella muchacha había dicho. La diferencia estaba en que mientras yo me enojaba y me sentía casi atacada, los demás salían al paso con

risas, bromas y argumentos tan fútiles como alejados de nuestro medio. Entonces, ¿es que todos nosotros, de algún modo, habíamos sentido vulnerado y cuestionado aquello que habíamos aprendido y en lo que siempre habíamos creído? Ahora me hacía gracia a mí misma, aquello de "mi medio natural de escritura".

El aprendizaje del braille, ¿no podría estar ligado a un sistema que parte de la premisa de que los niños ciegos han de asistir a una escuela especial, donde aprenderán las mismas cosas que los demás, pero alejados de esos "demás", con horarios especiales, maestros especiales... y también un sistema de escritura especial?

Por otra parte, es cierto que este sistema se "restringe" en principio a la comunicación entre los ciegos o, de lo contrario, exigimos de las personas que ven, un esfuerzo que podría resultar eventualmente innecesario. "Claro, si uno quiere puede aprender, pero ¿para qué otro sistema de escritura?". Ahora, igual que aquel día, volviendo sola a casa, el "ritornello" que acompaña esta pequeña historia...

Pero bueno, aquí es cuando me rebelo y pienso: "Está bien; esto es lo que esa muchacha, que no es ciega, tiene para decir. Pero, ¿y yo? ¿Qué tengo para decirme a mí misma, no ya para defender intransigentemente una posición, sino para repensar una cuestión que resulta seria para mí e importante para mi futura actividad profesional...?"

En primer lugar, cuando pensé en ponerme a escribir este artículo, no tomé mi máquina de escribir en tinta, sino mi pizarra braille, la pequeña; esa que vengo utilizando desde hace muchos años para tomar apuntes en clase, para intentar mi diario, para empezar un cuento o un poema... ¿Por qué? Pues por una razón muy sencilla: de otro modo, no podría leer lo que voy escribiendo.

También podría haber utilizado mi grabador portátil; pero creo que prefiero tomarme mi tiempo para pensar a medida que voy escribiendo, en lugar de verme empujada por una cinta que corre, ya a apurarme junto con ella, ya a detener el aparato una vez cada dos segundos, mientras procuro dar a mi voz el tono adecuado.

Ahora me imagino al chico de la agenda telefónica en el minicasete —a quien, por otra parte, yo también conozco—, buscando afanosamente durante algunas horas el número deseado entre tantos otros o, si de orden alfabético se trata, grabando nuevamente toda la lista, porque se ha acabado el espacio en principio asignado a cada letra y hay que colocar un nuevo nombre entre dos anteriores... ¡Ah! ¿Verdad que al leerlo ya es todo un "trabamentes"?

Seguramente, este muchacho tendrá que hacerse una guía para ubicarse mejor en el minicasete y supongo que lo hará en otro minicasete, o en tinta, qué sé yo; pero nunca en braille, eso sí. ¿Pero si no hay nadie cerca y él necesitara llamar con urgencia?

Admiro su originalidad, pero por ahora, ¡me guarde Dios de semejante falta de practicidad!

Por otro lado, no pienso que el hecho de que el sistema braille sea "algo entre ustedes" (entre nosotros los ciegos), al decir de nuestra muchacha, nos esté restringiendo. Antes bien, nos permite comunicarnos con otra persona ciega, en un lenguaje que ambos entendemos y sin necesidad de recurrir a la ayuda de personas videntes que pueden no estar cerca en un momento determinado.

Puedo escribir a un amigo ciego o a un novio ciego, así como también comunicarme con tantas personas que no ven y que en todo el mundo, quizás, están intentando las mismas cosas que yo aquí. Y en todos los casos, voy a poder leer lo que he escrito; voy a poder enviar las cartas sin necesitar hacerlas corregir por alguien.

Quien las reciba, a su vez, leerá algo escrito para él, de forma que él —y a veces, quizás, sólo él— lo entienda. Por lo menos, no necesitará recurrir a una persona vidente para que le lea, cosa harto ridícula cuando quien nos escribe es también ciego.

Ciertamente, hubo en épocas pasadas, ciegos “excepcionales” que, no contando con sistema de escritura alguno, supieron integrarse adecuadamente a la sociedad y a la cultura de su tiempo, y aún destacarse en algún área específica (a menudo la música).

La utilización de un sistema de escritura que pudieran entender los ciegos, al facilitar el ingreso de los mismos a la educación sistemática, permitió que tales hechos fueran dejando de tener ese carácter de “excepcionales”, lo que constituye no poca cosa, por cierto.

Lo primero de que dispusieron los ciegos en este aspecto, fue el sistema creado por Valentín Haüy consistente en la reproducción en relieve, de los caracteres comunes utilizados por las personas videntes.

Es de suponer que en el esfuerzo por dotar a las personas ciegas de un sistema de escritura, éste fue el método más directo que, en primera instancia, se encontró: acondicionar los caracteres corrientes, de modo que pudieran ser percibidos por el sentido del tacto. Para ello fue necesario introducir el relieve y efectuar modificaciones en el tamaño de las letras. Este sistema constituyó, sin duda alguna, un importante avance respecto de la situación en que se hallaban los ciegos.

Más tarde, otra persona, basándose sólo en su propia experiencia y necesidades, antes de que estuvieran adelantadas las investigaciones acerca de las diferencias entre la percepción visual y táctil, adaptó un viejo código militar hecho en base a las combinaciones de doce puntos, para crear nuestro actual sistema braille, con letras individuales, equivalentes a las del alfabeto corriente, y adaptadas al tamaño y la sensibilidad de los dedos.

A pesar del corto período transcurrido desde su invención por parte de Luis Braille, este sistema ha mostrado ser más eficaz que el anterior, más adecuado para las personas ciegas: permite mayor fluidez, facilidad y velocidad en la lectura: todos los más recientes adelantos en materia de aparatos auxiliares, no hacen sino confirmar estos aspectos. En efecto, a partir de la década del sesenta comienza a tomar forma una vieja aspiración de las personas ciegas: poder contar con un instrumento que nos permita leer directamente los textos utilizados por las personas que ven.

La primera de estas “máquinas de leer” pertenece al tipo del Optacon y “traduce” por medio de vibraciones perceptibles al tacto, los caracteres escritos en tinta. Se requiere por tanto, un aprendizaje especial y con mucha práctica puede llegarse, en las condiciones más favorables, a adquirir una velocidad sensiblemente inferior a la que permite alcanzar el sistema braille.

A pesar de tales dificultades, no deja de ser una ventaja el hecho de acercar otras posibilidades a la persona ciega, así como también que sea posible conectar el

Optacon a terminales de télex o computación.

Se intentan también, las máquinas de lectura auditiva, en base a la emisión de una voz sintetizada. Pero las investigaciones afirman que este tipo de voz fatiga en un muy corto lapso. Yo, personalmente, entiendo que sea así, pues a mí misma me cansa oír la lectura que alguien ha grabado, sin duda con la mejor buena voluntad. Me sucede a veces, incluso, que si a la vez que escucho el grabador, no voy tomando en braille apuntes sobre las principales ideas del texto —y aunque raramente los lea después—, corro el riesgo real de quedarme dormida. ¡Y si se trata de una novela! Bueno, en ese caso realmente prefiero sentarme a solas con mi libro braille y leyendo sin palabras, dotar a cada personaje de una imagen, de una voz, de un tono. . .

Comprendo que en estas cuestiones como en casi todas las demás de la vida, tal vez se trate de un problema de estilo, de preferencias y hasta de costumbres; pero el propio tiempo y las investigaciones realizadas, parecen ir confirmando, por vías seguramente más científicas, algunos de estos aspectos. En efecto, las últimas entre estas “máquinas de leer” de que hablábamos, están concebidas de manera que puedan “traducir” la escritura en tinta a letras braille. Se experimenta aún y se investiga la posible fatiga que pueda producir en la yema de los dedos el sistema de punzones móviles que deben ir formando nuestras letras braille.

Pienso que ninguna investigación científica se realiza en el vacío y si esto último es considerado un avance respecto de las máquinas anteriores, es porque de alguna manera, los principales interesados en este tema, es decir, las personas ciegas, hemos ido afirmando nuestra voluntad de seguir valiéndonos del sistema braille como el instrumento de comunicación escrita más apto de que disponemos hasta el presente. De hecho, no hemos sino vuelto a dar el salto desde Valentín Haüy hasta Luis Braille.

Así las cosas, ya no me parece tan torpe aquello del braille como “mi medio natural de escritura”.

Al parecer, así como no es posible sostener razonablemente que el uso del braille deba excluir otros materiales e instrumentos que pueden ser de mucha utilidad para las personas ciegas, tampoco se daría la situación inversa: ni un grabador, ni el libro hablado, ni una máquina de leer, ni tampoco el aprender a escribir con un lápiz, nos permiten negar las ventajas y facilidades que nos ha proporcionado y proporciona el poder leer y escribir en braille. Tal vez no nos alcance; quizás no sea lo único que haya que aprender con miras a nuestra mejor integración, pero sí constituye el braille, una importante conquista que, al menos por el momento, no tiene por qué ser dejada de lado.

Cuando gradualmente vayan dándose las condiciones para que se haga cada vez más general la educación de los niños ciegos en escuelas regulares junto a los demás niños, también entonces, dentro del apoyo complementario que estos chicos necesitarán, creo que el primer elemento deberá seguir siendo el sistema braille.

Yo recuerdo cómo me sentí, algo así como avergonzada cuando, después de haber cursado ocho años en una escuela especial para ciegos, en clases con poquísimos alumnos, bajo el cuidado de una maestra-mamá, entré por primera vez a un liceo común y tuve que ponerme a escribir en braille.

Con el tiempo, pude darme cuenta de que mi forma de escribir, lejos de dificultar

mi integración al nuevo grupo, la favorecía en muchos sentidos: me permitía, por ejemplo, estudiar en pie de igualdad con mis compañeros, aportando mis propios apuntes de clase y haciendo mis propios esquemas; hacía más fácil, asimismo, que algunos estudiantes, algo inhibidos en un principio, se me acercaran en base a la legítima curiosidad que les despertaba aquella “peculiar” forma de escritura que jamás habían visto.

Poco a poco, también fue dejando de ser casi un ritual el hecho de que, ante cada nuevo profesor que llegaba, yo tuviera que presentarme más pronto que ligero, para evitarle la sorpresa de verme en clase.

Ese tiempo pasó y sucedió que hubo un cambio de profesor en la cátedra de literatura en mitad de un año. El nuevo profesor era muy solemne y daba su clase ya preparada al detalle, con gran erudición, impostando la voz y caminando con largos y rítmicos pasos por la tarima del aula. Allí, a diferencia de lo habitual, no volaba una mosca. Sólo se oía el ruido de mi punzón perforando una hoja de cuaderno.

Si bien yo me encontraba completamente absorta en lo que escuchaba y hacía, sentada en mi banco de la última fila, comencé a notar que cada tanto, este señor hacía una pausa en su discurso, se quedaba en actitud como de estar atendiendo a algo en especial, tragaba saliva y, al fin, proseguía. A la media hora de estar así las cosas, una de tales pausas fue diferente: el profesor dejó de hablar en mitad de una frase y rugió: “¿Quién es el idiota que está imitando el ruido del telégrafo?”. Todo el mundo en la clase quedó inmóvil, yo misma estaba tan sorprendida que no atiné a nada. En ese momento, seguramente mis compañeros me miraron, sin saber qué hacer, tratando de ver cuál había sido mi reacción. Entonces, el profesor acabó por descubrirme, pero no dijo nada; siguió con su clase, aunque vacilando un poco más que antes.

Más tarde, mis compañeros me contarían cómo, durante algunos momentos, aquel hombre no supo qué elegir: me miraba, miraba a los demás alumnos, se llevaba las manos a la cara, caminaba... Como si hubiera cometido un grave pecado al descubrir mi ceguera y al desconocer el braille.

Más tarde, él llegaría a saber que aquel sistema me permitiría tomar apuntes en sus clases y realizar, junto a los demás alumnos, la lectura expresiva de los diferentes textos que estudiábamos. . .

Además estaban las pruebas que yo realizaba a máquina, para que él pudiera entenderlas. Yo tecleaba para mi profesor, letras que no podía leer, mientras él decodificaba mis ruidos “de telégrafo” en función del resultado obtenido en clase. La comunicación había sido establecida.

El braille, símbolo de la ceguera

Hemos querido hasta aquí, rescatar al sistema braille en tanto importante instrumento para la comunicación.

Ahora quizás cabría preguntarnos: qué es lo que en realidad está en juego, qué es lo que algunos rechazan cuando intentan de cualquier manera y con un fervor casi inexplicable, negar la utilidad de este sistema de escritura o directamente sustituirlo por algún elemento auxiliar. También estoy volviendo a preguntarme por actitudes como la mía frente a las apreciaciones de aquella muchacha en una conversación entre estudiantes.

Decía yo que necesitaba descubrir por qué me había sentido tan atacada en aquella ocasión; y creo que he logrado analizar sólo en parte esta cuestión. ¿Qué

más puede representar o significar el sistema braille? ¿Qué, que tan a menudo nos lleva a ciegos y videntes a radicalizar nuestras posiciones?

Quizás pasa con el sistema braille lo que con el bastón blanco, elemento fundamental para nuestra independencia y seguridad, pero muchas veces también signo de nuestra ceguera, de que necesitamos ayuda para cruzar una avenida, de las molestias que causamos sin querer y aún contra nuestra voluntad, cuando encontramos por ejemplo, personas que creen que con solo ver nuestro bastón deben levantarse rapidísimamente de sus asientos en el ómnibus, digamos nosotros lo que digamos y aunque ellos tengan ochenta años o hayan trabajado todo el día, mientras nosotros sólo estemos paseando.

La primera vez que me dieron un bastón blanco, lo hicieron en el centro de rehabilitación cuando yo tenía 15 años, recuerdo que lloré mucho, Quizás, fue recién en ese momento que tomé conciencia de que aquél bastón iba a acompañarme durante toda la vida, como mi ceguera. Sentía que caminando con él, yo iba a ser la mujer más antinatural de la Tierra.

Como adolescente que era, estaba insegura de todo; también acerca de si siendo ciega, podría aspirar a las mismas cosas que las demás muchachas de mi edad. Hubiera querido, en aquel entonces, no tener que usar mi bastón blanco para no verme obligada a preguntármelo; hubiera querido no ser ciega, para no tener que enfrentarme como tal, a mi nueva situación de "mujercita".

Pero eso era pretender no ser yo, no convivir conmigo misma.

El transcurso del tiempo y la necesidad cada vez más acuciante de autonomía, me fueron llevando a esta certeza y, muy de a poquito, comenzó a predominar el bastón-blanco-seguridad, instrumento imprescindible para movilizarme, sobre el bastón vergonzante y representante de todas las desventajas de la ceguera. Claro está, que tales desventajas lo siguen siendo, sólo que ya no reniego de los instrumentos que me facilitan las cosas.

Pienso que bien puede pasar lo mismo con el sistema braille; bien podemos perder de vista, muchas veces, su carácter de instrumento de gran utilidad, porque de alguna manera, lo sentimos vinculado a otras áreas de nuestra vida, muy a menudo, quizás, a situaciones difíciles o dolorosas.

Creo que ilustrarán mucho mejor este aspecto, algunas experiencias que me ha tocado vivir personalmente, con las cuales quiero terminar de presentar a este viejo y entrañable compañero (porque eso es para mí el braille).

¡Es que a él le ha tocado tantas veces presentarme a mí! . . .

Tendría yo alrededor de 7 años. Recién nos habíamos cambiado de casa, y extrañaba a mis amiguitas del barrio en el cual vivíamos anteriormente.

Una compañerita de clase de mi hermana que, al igual que ella, también era vidente, comenzó a visitarnos. Al parecer, le gustaba mucho ir a casa, pues las tres pasábamos juntas prácticamente todo el tiempo libre.

Solíamos jugar a todos los juegos habituales en las niñas, y como entre esos juegos se hallaba naturalmente el de las maestras, un día Cristina, que así se llamaba nuestra amiguita, me pidió que le enseñara a escribir en braille.

Así lo hice, y ella aprendió muy rápidamente. Creo que las dos estábamos contentas por haber encontrado otra forma de comunicación y acercamiento; pero de un día para otro, Cristina no apareció más por casa.

Todos, contando a mis padres, estábamos muy extrañados y preocupados, pensando que ella pudiera estar enferma. Pero no; a los pocos días nos

encontramos con ella y con su madre haciendo compras.

Apenas si saludaron y siguieron caminando.

Poco tiempo después, la propia Cristina se presentó en casa y nos contó a vuelo de pájaro que, aunque le encantaría seguir visitándonos, su madre se lo había prohibido severamente al enterarse de que yo le había enseñado el braille.

Aparte de la lógica extrañeza y de la tristeza que era para mí perder una amiga, estaba toda la rabia y la impotencia de una niña que habiendo enseñado a otra algo que ella misma había aprendido con gran interés y alegría, tenía que sentirlo como una mala acción, casi como un pecado.

Estando yo en jardinera, en una escuela especial para ciegos, faltó una vez nuestra maestra de modo que tuvimos que pasar unos días en la clase de primer año. Yo sentía una viva curiosidad por esos aparatos que los chicos de primero usaban, por el ruidito que hacían, por las palabras que ya podían deletrear... Al fin, me puse junto a uno de ellos y comencé a hacerle preguntas, a explorar la pizarra, la regleta, lo que él hacía. .. Yo había tenido ya, la oportunidad de observar cómo mi hermana hacía los deberes y solía jugar con sus lápices y cuadernos. Así, cuando traté de escribir en braille por primera vez, mi compañero sujetó la hoja en la pizarra, la colocó delante de mí y me dio el punzón, indicándome dónde tenía que ir "pinchando".

—Sí —le dije—, está bien; después voy a pinchar; ¡pero esto también debe escribir!

—¿Cómo escribir? —me decía el otro niño—. Así es como se van formando las letras.

Entonces, yo deslicé el punzón por sobre el papel y le dije a mi vez:

—No, yo digo así, como se hace con el lápiz.

Seguramente, al ser yo ciega de nacimiento, no tenía aún demasiada conciencia de hasta qué punto y en qué aspectos, no ver implicaba ser o hacer cosas diferentes a los demás. O quizás, lo que de alguna manera ya debía saber, estaba en pugna con mi deseo de no saberlo, de no tener que asumirme como ciega, de ser igual a los demás y hacer las mismas cosas que mi hermana, por ejemplo. Y estas dos tendencias también estuvieron, de alguna manera, presentes a mi alrededor, en mi familia concretamente. En efecto, mientras mis padres jamás aprendieron a escribir en braille ni mostraron interés alguno en hacerlo, ella, mi hermana, sí lo hizo, casi junto conmigo (ahora puede leerlo utilizando sus ojos, tan rápidamente como yo).

Puedo entender ahora, la pena que debían sentir mis padres por el hecho de que yo fuera ciega. Puedo entender que el no aprender a escribir en ese sistema que sólo usamos los ciegos, tal vez significaba para ellos —y por más ilógico que parezca— guardarse en un rinconcito la ilusión de que yo tampoco lo usaba o, cuando menos, que era algo pasajero, de modo que también mi ceguera era transitoria.

Sí; creo que puedo entenderlo; sé que ellos hicieron las cosas de la mejor manera en que sabían y podían hacerlas. Pero a veces, todavía me duele y siento que hubiera necesitado que algún día ellos se decidieran a asumir del todo mi condición de persona ciega para toda la vida, ayudándome así, a hacerlo yo misma. Me hubiera gustado que aprendieran a comunicarse conmigo de la forma que fuere, con el braille en este caso. Y es que por guardar ese trocito de ilusión de que yo no era ciega o esa esperanza acerca de mi cura, ellos nunca pudieron,

por ejemplo, escribirme una tarjeta de cumpleaños, ni saber en qué se basaban las malas o buenas notas de mis carpetas escolares... ni leer este trabajo.

Pero mientras la ilusión empecinada, la realidad que no se asume, alargaba las distancias, mi hermana y yo las acortábamos. Ella rescataba mi aceptación tal cual yo era, la muestra de afecto hacia mí como persona total. Y mi respuesta no se hizo esperar: con la ayuda de una amiga ambliope de la escuela aprendí a escribir con un lápiz.

Yo, por supuesto, no podía leer aquellas letras, pero recuerdo que una maestra, sorprendida por mi interés en esta actividad, fabricó para mí, una guía que me marcaba los renglones. Yo solía escribir cuadernos enteros. Primero fueron sólo letras; luego palabras sueltas; después frases... ¡Y hasta pequeños cuentos!

Cuando sentí que estaba preparada, dejé uno de aquellos cuadernos para que mi hermana lo leyera, y creo que pocas alegrías fueron tan grandes para mí, como el darme cuenta que ella entendía todo aquello.

Si mis padres no habían podido o no habían sabido extender esa línea de comunicación, también escrita, tan importante para la niña que yo era, entonces yo me acercaba a ellos.

Y pude comprobar con alegría que mi esfuerzo al aprender a escribir con sus letras intangibles, no pasó desapercibido para ellos. Más aún; sería precisamente mi madre quien mejor me ayudaría a dar el próximo paso hacia la integración con los demás.

Fue ella quien me enseñó a utilizar una máquina de escribir común, elemento fundamental .que yo, como persona ciega; iba a necesitar para poder entenderme con mis profesores en un liceo corriente.

TEMARIO

EL BRAILLE Y LOS JÓVENES...3

ASÍ LLEGÓ A MIS MANOS, Esperanza Villafuerte...5

APRENDIZAJE DEL BRAILLE, Omar Anselmo Vivas...9

EL BRAILLE, GRAN AMIGO DEL INVIDENTE, Olinto Maldonado...13

INESPERADA FUENTE DE POSIBILIDADES, Luis Raúl Pinot...17

**HACIA UNA MAYOR PRESENCIA DEL BRAILLE EN NUESTRA
SOCIEDAD, Vicente José Cabo...19**

**EL SISTEMA BRAILLE, PROTAGONISTA DE LA INDEPENDENCIA.
Nora María Dalzotto...21**

POR LLEGAR A SER COMO TÚ, Ana Peláez Narváez...23

EL BRAILLE Y YO, Jorge Allevi...25

HUMILDE OPINIÓN, Montserrat Rincón...29

ENFRENTAR NUESTRA REALIDAD, María Augusta Granda...33

¿FUERON PROFECÍAS?, Marta Estrada...35

UN INSTRUMENTO, UN SÍMBOLO, Norma Toucedo...39

UNIÓN LATINOAMERICANA DE CIEGOS
FONDO TIFLOLÓGICO LATINOAMERICANO
Auspiciado por la ORGANIZACIÓN NACIONAL DE CIEGOS ESPAÑOLES
FUNDACIÓN BRAILLE DEL URUGUAY
DURAZNO 1772
MONTEVIDEO - URUGUAY
PRIMERA EDICIÓN 1987
EDITOR: ENRIQUE ELISSALDE
COORDINACIÓN: CARMEN ROIG
CARÁTULA: HEBER LAREO